

Lacan, el plagio y el hombre de los sesos frescos

JESÚS GONZÁLEZ REQUENA

Universidad Complutense de Madrid

www.gonzalezrequena.com

Lacan, Plagiarism and the Fresh Brains Man

Abstract

This paper studies the insistent presence of Ernst Kris's case known as the fresh 'brains man' in Jacques Lacan's speech. We identify direct allusions to it, we specify certain notable distortions and contradictions –never declared– that contains, as well as we review other forms of influence that not for being indirect are less relevant. This makes it possible to establish the profound shock that the knowledge of Kris's case and interpretation produced in the French psychoanalyst, all of which motivated by a shared family constellation and a very similar passion for plagiarism. This work is part of a textual analysis of Lacan's discourse that sheds a specifically psychoanalytic –and we could also say clinical– light on some of the most characteristic features of his rhetoric, on the way he led the institutions in which he participated, and on the peculiar nature of the way these institutions work.

Key words: Lacan. Plagiarism. Acting out. Textual analysis.

Resumen

El presente trabajo estudia la insistente presencia del caso de Ernst Kris conocido como el del hombre de los sesos frescos en el discurso de Jacques Lacan. Se identifican las alusiones directas al mismo, se especifican ciertas notables distorsiones y contradicciones –nunca declaradas– que éstas contienen y se revisan otras formas de influencia no por indirectas menos relevantes. Ello permite establecer la profunda conmoción que el conocimiento del caso y de la interpretación de Kris produjo en el francés, todo ello motivado por una común constelación familiar y por una muy semejante pasión por el plagio. Este trabajo se inscribe en el contexto de un análisis textual del discurso de Lacan que arroja una luz específicamente psicoanalítica –y, si se quiere, clínica– sobre algunos de los rasgos más característicos de su retórica, del modo de su jefatura en las instituciones de las que participó y de la peculiar índole de los modos de funcionamiento de éstas.

Palabras clave: Lacan. Plagio. Acting out. Análisis textual.

ISSN. 1137-4802. pp. 19-49

Un caso clínico de Ernst Kris

Un caso clínico de Ernst Kris, del que éste informó en su artículo *La psicología del yo y la interpretación en la terapia psicoanalítica*¹, publicado en 1951, retorna una y otra vez en el discurso de Jacques Lacan.

¹ KRIS, Ernst: (1948) *Ego psychology and interpretation in psychoanalytic therapy*, ponencia presentada en el panel Technical Implications of Ego Psychology del encuentro de

invierno de la American Psychoanalytic Association, New York, celebrada en diciembre de 1948 y publicado en *The Psychoanalytic Quarterly*, 1951. Traducción española de Michel Sauval a partir de la versión de Jacques Adam aparecida en *Ornicar* n° 46, julio/set. 1988, pp. 5-20.

2 LACAN, Jacques: (1956) *Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud*, *Escritos*, Vol. 2, Siglo XXI, México, 1975, traducción de Tomás Segovia, p. 154.

El modo de ese retorno no es independiente del contexto de su enfrentamiento con la *International Psychoanalytic Association* –IPA– que cobró la expresión teórica de la crítica a la Psicología del Yo, corriente dominante en el psicoanálisis norteamericano de entonces de la que, en opinión de Lacan, Kris sería la *cabeza pensante*².

Pero todo parece indicar que, como veremos en seguida, más allá de esa pugna a la vez teórica y política en la que se jugaba la influencia –el poder– en la comunidad psicoanalítica francesa primero y en la internacional después, las singularidades del caso reportado por Kris suscitaron en todo momento el más vivo interés subjetivo en Lacan.

Para apreciar la magnitud del asunto –y la intensidad de ese interés– listaremos primero esos sucesivos retornos al comentario del caso:

[1] *Seminario 1, Los escritos técnicos de Freud*, sesión del 1954-02-10.

Texto establecido por Jacques-Alain Miller, traducción de Rithee Cevasco y Vicente Mira Pascual, revisión de Diana Rabinovich autorizada por Jacques-Alain Miller.

[2] *Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud, Seminario de técnica freudiana* del 1954-02-10.

Versión de la sesión del seminario de esa fecha publicada por primera vez en *La psychanalyse*, n° 1, 1956, en *Escritos*, Vol. 2, Siglo XXI, México, 1975, traducción de Tomás Segovia.

[3] *Seminario 3, Las psicosis*, sesión del 1956-01-11.

Texto establecido por Jacques-Alain Miller, Traducción de Juan Luis Delmont-Mauri y Diana Silvia Rabinovich, autorizada por Jacques-Alain Miller, Paidós, Buenos Aires, 1984.

[4] *La dirección de la cura y los principios de su poder*, 1958-07.

Informe presentado en el Coloquio Internacional de Royaumont reunido del 10 al 13 de julio de 1958, a invitación de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis y publicado por primera vez en *La psychanalyse* n° 6, 1961. En *Escritos*, vol. 1, Siglo XXI, México, 1972, traducción de Tomás Segovia.

[5] *Seminario 6. El deseo y su interpretación*, sesión del 1959-07-01.

Texto establecido por Jacques-Alain Miller, traducción de Gerardo Arenas revisada por Graciela Brodsky y autorizada por Jacques-Alain Miller, Paidós, Buenos Aires, 2014.

[6] *Seminario 10, La angustia*, sesión del 1963-01-23.

Texto establecido por Jacques-Alain Miller, traducción de Enric Berenguer, revisada por Gabriela Ubaldini, Paidós, Buenos Aires, 2006.

[7] *Seminario 14, La lógica del fantasma*, sesión del 1966-03-08.

Versión de la Escuela Freudiana de la Argentina, Traducción de Pablo G. Kaina, Psikolibro.

Un lapsus lacaniano

María Dolores Castán³ había listado ya seis de estas ocurrencias, omitiendo solo la quinta de las siete que nosotros hemos localizado –[5] *Seminario 6, El deseo y su interpretación*.

Por su parte, Julia Evans⁴, ha listado también 6 –de lo que llama, no entendemos bien por qué, *Dream 'fresh brains'*, dado que si en el informe del caso se habla de un sueño, su contenido son peces, no sesos frescos. Pero se confunde en uno e ignora dos –[2] *Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud* y [7] *Seminario 14, La lógica del fantasma*.

La confusión estriba en incluir *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis* (1955), texto que si hace referencia al trabajo de Kris en el que se incluye el reporte del caso del hombre de los sesos frescos, no incluye sin embargo referencia alguna a éste. Sin duda, la inclusión errónea en el listado procede del propio Lacan, quien, en el [5] *Seminario 6, El deseo y su interpretación*, hace referencia a

«un ejemplo sobre el cual puse el acento en el discurso sobre la Función y campo de la palabra y del lenguaje..., a saber, la intervención de Ernst Kris concerniente al temor fóbico que un paciente sentía ante el plagio.» ([5] p. 532.)

3 CASTÁN, María Dolores: (2007) "El hombre de los sesos frescos" de Ernst Kris, NODVS XX 2007, <http://www.scb-icf.net/nodus/contingut/article.php?art=256&rev=35&pub=1>.

4 EVANS, Julia: "Introduction and reply to Jean Hyppolite's presentation of Freud's 'Verneinung' & the commentary: 10th February 1954: Jacques Lacan & Jean Hyppolite", <http://www.lacanianworks.net/?p=1208>.

Se trata por tanto de un lapsus de Lacan, ya que el texto de esa época en el que se hace referencia al hombre de los sesos frescos no es ese, sino [2] *Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud*.

Conformémonos con anotar el lapsus por ahora. Tendremos ocasión en lo que sigue de tomar medida de su alcance.

El caso de Kris

Conozcamos primero el caso, tal y como Kris lo presenta:

«(...) nuestro paciente, un intelectual de unos treinta años, ocupa ya una posición universitaria elevada, pero no logra alcanzar un rango mayor, falto de publicar sus importantes investigaciones. Esta queja, esencial para él, le lleva a retomar su análisis. (...)

«Su primer análisis le había enseñado cómo el miedo y la culpabilidad le impedían ser productivo; y en qué consistía su "incesante necesidad de tomar y de robar que se había manifestado en la pubertad". Actualmente es asaltado en forma permanente por la compulsión de tomar las ideas de otros –lo más frecuente, las de un joven y brillante colega (un amigo íntimo) con quien se pasa, en un escritorio vecino al suyo, días enteros discutiendo. Un día me anuncia súbitamente, cuanto todo está listo para la publicación efectiva de uno de trabajos, que acaba de descubrir, en la biblioteca, una publicación ya antigua que desarrolla la misma tesis que la suya. Este texto no le era extraño ya que lo había ojeado poco tiempo antes. Se presenta tan extrañamente serio y excitado, que creo adecuado interrogarlo en detalle sobre ese texto que teme plagiar. Su examen minucioso demuestra entonces que dicho documento antiguo contiene referencias útiles para su propia tesis, pero de ningún modo atisbo alguno de la tesis misma. Nuestro paciente le había hecho decir al autor exactamente lo que el había querido decir. Una vez esto admitido, el problema del plagio adquiere entonces un nuevo giro: rápidamente se evidencia que el eminente colega se ha apoderado de modo reiterado de ideas del paciente, las ha arreglado a su gusto y demarcado sin hacer mención. El paciente tiene la impresión de oír por primera vez una idea firme, indispensable, para la maestría en su propio tema, pero como sería la de su colega, le está vedado utilizarla.

«De todos los factores determinantes de las inhibiciones de nuestro paciente en relación a su trabajo, la identificación al padre es el más importante. Contrariamente a su abuelo, sabio eminente, su padre fracasó en la tarea de hacerse reconocer en su propia área. Los conflictos que lo habían anteriormente enfrentado con su padre resurgían en el trabajo que se tomaba para encontrar patrones o enfrentar ideas, tanto fuere para juzgarlas inadecuadas, como bue-

nas para ser plagiadas. La proyección de sus ideas sobre las imágenes paternas provenían de su deseo de tener un padre a la altura de las circunstancias (un «abuelo», abuelo=«grand-pere»=gran padre). El conflicto edípico con su padre surgió en el transcurso de un sueño, bajo la forma de una batalla donde los libros eran armas, y donde los libros derrotados eran tragados durante el combate. La interpretación consistió en que se trataba de un deseo de incorporar el pene paterno. Y esto reenvía a un momento preciso de su niñez cuando, teniendo 4 ó 5 años, comenzó a acompañar a su padre a pescar. “Quién consigue el pez más grande” y todo un juego de comparaciones de ese orden le vino a la mente, su inclinación a tomar, morder, robar, habían tomado toda suerte de giros y disfraces durante la fase de la lactancia y la adolescencia hasta que finalmente fue posible deslindar que era sobre las «ideas» que un desplazamiento decisivo se había operado. Sólo las ideas de los otros son interesantes, son las únicas que merecen tomarse: adueñárselas era solo cuestión de encontrarle la forma adecuada. En este punto de mi interpretación esperaba la reacción de mi paciente. El paciente se callaba y la longitud de ese silencio tenía un significado especial. Entonces, presa de una iluminación súbita, profiere estas palabras: «Todos los mediodías, cuando salgo de sesión, antes del almuerzo y antes de volver a mi oficina, me doy una vuelta por tal calle (una calle muy conocida por sus restaurantes, pequeños, pero donde se es bien atendido), y reviso los menús detrás de los vidrios en las entradas. Es en uno de esos restaurantes que habitualmente encuentro mi plato preferido: sesos frescos»⁵.

⁵ KRIS, Ernst: (1948) *La psicología del yo y la interpretación en la terapia psicoanalítica*, op. cit. pp. 88-89.

El primer comentario

El primer comentario de Lacan sobre el caso tiene lugar en [1] la sesión de 1954-02-10 del *Seminario 1, Los escritos técnicos de Freud*.

En el contexto de una reflexión sobre la denegación, Lacan, aunque no deja de marcar su distancia para con *los partidarios de la llamada manera moderna de analizar* –es decir, los representantes de la psicología del Yo–, presenta la interpretación de Kris como una interpretación acertada –*Sin duda, la interpretación es válida* (p. 99)– y reconoce en lo contado por el paciente tras ella –su búsqueda de restaurantes en los que puede comer *sesos frescos*– la confirmación de ese acierto, pues ofrece

«el tipo de respuesta evocada por una interpretación justa: a saber un nivel de palabra a la vez paradójico y pleno en su significación.» ([1] p. 100.)

Pero, a la hora de cerrar su comentario del caso, todo parece indicar que Lacan encuentra serias dificultades para mostrar su relación con la temática en la que –en principio– se insertaba: la de la negación:

«(...) el sujeto, en su manifestación a través de esa forma especial que es la producción de un discurso organizado, en la que está siempre sometido a ese proceso que se denomina la denegación y en el que la integración de su ego culmina, no puede reflejar su relación fundamental con su yo ideal más que en forma invertida.

«En otros términos, la relación al otro, en la medida en que tiende a manifestarse en ella el deseo primitivo del sujeto, contiene siempre en sí misma ese elemento fundamental, originario, que es la denegación, que adquiere aquí la forma de una inversión.» ([1] p. 100.)

No parece plausible reconocer este caso como un ejemplo de negación, pues ninguno de los enunciados del paciente de Kris niega nada y su respuesta a la interpretación de éste nombra su deseo –comer *sesos frescos*– del modo más desnudo, directo, es decir, sin mostrar la menor necesidad de utilizar el recurso a la negación –del tipo, *no me gustan, detesto comer sesos frescos*.

De hecho, el análisis de Kris, que es un segundo análisis tras el previamente realizado por Melitta Schimideberg, parte de los resultados de éste, que muestran el temor –el deseo– del paciente ante la tentación de plagiar. De ello nos informa Kris citando una publicación de Schimideberg –*Intellectual inhibition and disturbances in eating*⁶– que hace referencia al caso:

«El lazo entre la agresividad oral y su inhibición para el trabajo ya había sido reconocida en el primer análisis: "Un paciente que durante su pubertad robó de tiempo en tiempo, sobre todo golosinas y libros, conservó posteriormente cierta tendencia por el plagio. Desde entonces, ya que para él esa actividad estaba asociada con el robo, el esfuerzo científico al plagio pudo escapar a esas culposas impulsiones por el truchaje de una inhibición considerable de su actividad y de sus realizaciones intelectuales"⁷»

6 SCHMIDEBERG, Melitta (1933): *Intellectual inhibition and disturbances in eating*, comunicación presentada en el British Psycho-Analytical Society en septiembre de 1933), en *The International Journal of Psychoanalysis*, Vol. 19, 1938.

7 KRIS, Ernst: (1948) *La psicología del yo y la interpretación en la terapia psicoanalítica*, op. cit. p. 90.

No hay, pues, negación. El que el yo del paciente no pueda *reflejar su relación fundamental con su yo ideal más que en forma invertida* –advírtase que aquí Lacan utiliza la expresión *yo-ideal* como sinónimo de *ideal del yo*, cosa que cambiará radicalmente en este mismo seminario, pocas sesiones más tarde, concretamente a partir de la de 1954-03-31–, el que se sienta infinitamente disminuido frente a ese ideal del yo, el gran padre, el abuelo, nada tiene que ver con el concepto de la denegación freudiana, por el simple hecho de que una inversión no es, por más que se estire el concepto, una negación.

De modo que no termina de aclararse la justificación de la presencia de ese comentario ahí.

Dicho en otros términos: el tema –el caso de Kris, los sesos frescos– irrumpe en el seminario de Lacan dotado de una especial autonomía, manifestándose como un hiato en el buen orden del discurso, por más que el lector lacaniano no llegue a percibirlo, acostumbrado como está a los constantes desplazamientos, a los incesantes cambios de tema carentes de justificación, al menos declarada.

Y de hecho será siempre así en los posteriores comentarios, cobrando una y otra vez la forma de una irrupción de cierta fuerza pulsional que hiende el buen orden del discurso con la intensidad y la frecuencia propias de la compulsión de repetición.

Las dos versiones contradictorias y su ocultación

Lo hasta aquí comentado forma parte, como ya hemos señalado, de [1] la sesión del 10 de febrero de 1954 del seminario de Lacan tal y como fue establecida por Jean-Alain Miller y publicada por primera vez en 1975 en *Le Séminaire de Jacques Lacan. Livre I: Les écrits techniques de Freud*, con el título *Introducción y respuesta a una exposición de J. Hyppolite*.

Por más que, por lo general, fuera Miller quien escogía los títulos que daba a las sesiones del seminario que establecía y publicaba, en esta ocasión el título procedía del propio Lacan, dado que éste –cosa excepcional– había publicado el contenido de esa sesión con ese mismo título en 1956, en [2]el número 1 de *La psychanalyse*, la entonces recién nacida revista de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis.

Sin embargo, el texto publicado en la *La psychanalyse* –y más tarde incorporado a los *Escritos*–, no solo es más largo que el establecido por Miller, sino que introduce elementos allí no presentes y, sobre todo, entra, en algunos puntos de los que habremos de ocuparnos en seguida, en abierta –pero nunca reconocida– contradicción con lo realmente dicho en aquella sesión del Seminario 1.

Y advirtamos que ello no puede ser achacado a Miller: su versión [1], como hemos podido comprobar, corresponde con gran precisión –y con solo breves modificaciones de redacción–, a la versión estenotipada de la sesión que el propio Lacan guardara en sus archivos. Lo que obliga a reconocer que solo a éste pueden achacarse las modificaciones introducidas en la versión publicada en [2] 1956 en *La psychanalyse*.

Sin embargo, Lacan no solo no declaró la existencia de tales cambios, sino que los ocultó, como puede constatarse en la nota inicial que, en los *Escritos*, acompaña al capítulo *Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud, Seminario de técnica freudiana* del 10 de Febrero de 1954:

⁸ LACAN, Jacques: (1966) *Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud, Seminario de técnica freudiana* del 10 de Febrero de 1954, en *Escritos*, Vol. 2, Siglo XXI, México, 1975, p. 130.

«Se da aquí el texto recogido de uno de los coloquios del seminario celebrado en la clínica de la Facultad en el hospital Sainte-Anne y consagrado durante el año 53-54 a los *Escritos técnicos* de Freud y a la actualidad a la que interesan. Únicamente se ha ampliado con algunas referencias, que parecieron útiles, a lecciones anteriores, sin que haya podido con eso suprimirse la dificultad de acceso inherente a todo trozo escogido de una enseñanza.»⁸

El primero y más evidente de los cambios que aparecen con esta nueva –aunque no declarada como tal– versión de la sesión del *Seminario 1*, contradice de manera directa –pero sin la menor declaración de que eso sea así, y por tanto en ausencia de la obligada justificación del cambio de posición– lo que constituía el núcleo de lo dicho entonces: que la respuesta del paciente sobre los sesos frescos venía a confirmar, con su emergencia, la corrección de la interpretación de Kris, dado que esta constituía *el tipo de respuesta evocada por una interpretación justa: a saber un nivel de palabra a la vez paradójico y pleno en su significación*. En la nueva versión, en cambio, esa misma intervención pasa a ser criticada por haber provocado un *acting out* en el paciente ([2] p. 158), *un acto totalmente incomprendido por el sujeto y, en cuanto tal, nada benéfico para él* ([2] p. 158).

En suma, *la interpretación acertada* ha pasado a convertirse en una actuación inapropiada –en un texto posterior, será calificada de *intervención errónea*– de efectos nocivos para el paciente.

La otra notable novedad de esta nueva versión consiste en una harto sorprendente impugnación de la noción misma de propiedad intelectual y,

consiguientemente, de la de plagio. Así, afirma Lacan que el caso de Kris debería ser:

«una magnífica ocasión para poder percatarse de que, si hay por lo menos un prejuicio del que el psicoanalista debería desprenderse por medio del psicoanálisis, es el de la propiedad intelectual.» ([2] p. 155.)

Tales serán, en lo que sigue, las líneas mayores que conformarán los sucesivos comentarios de Lacan sobre el caso: calificación de la respuesta del paciente a la interpretación como un *acting out* e impugnación radical de la idea misma de plagio.

¿Por qué estos cambios radicales? ¿Por qué no los declara? Y sobre todo: ¿por qué la ocultación?

¿Quizás causada por un olvido? Posiblemente, pero no por ello menos significativo desde un punto de vista psicoanalítico. Es posible que en 1966, cuando preparara la publicación de sus *Escritos*, Lacan hubiera olvidado el cambio y certificara que lo publicado en *La Psychoanalyse* correspondía al contenido de aquella sesión de su seminario. Pero, en cualquier caso, entre 1954 y el momento, no posterior a 1956, de elaboración del texto para *La Psychoanalyse*, hubo de vivir lo que más tarde, en 1966, podría haber olvidado. El momento de la modificación del texto y de la ocultación de esa modificación.

Momento en el que se introduce un tema nuevo –la negación del plagio– del todo innecesario para la discusión del caso y en el que se da el paso de acusar a un colega cuya intervención él mismo había calificado ya de acertada, de todo lo contrario: de haber realizado una intervención errónea que habría provocado un *acting out* perjudicial para su paciente.

Grave acusación. Pero es más grave que un didacta de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis, como era Lacan entonces, dijera a sus alumnos dos ideas opuestas de relevancia en la práctica clínica sin levantar acta de la contradicción, dadas las inevitables confusiones que esto podría arrastrar en el devenir futuro de estos como terapeutas.

No faltaba, pues, motivo para el lapsus producido en [5] el *Seminario 6, El deseo y su interpretación* pues se inscribía bien en la línea de esa oculta-

ción. Y no menos notable es el hecho de que el texto omitido en el lapsus –[2] *Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud*, aquel en el que tiene lugar la ocultación– se vea sustituido por otro, *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*, cuyo concepto central era –aunque no mucho después desaparecería la expresión del discurso lacaniano– *la palabra verdadera*.

Lo omitido de Kris

El caso es que esos dos nuevos motivos se adueñan totalmente del siguiente –y más breve– abordaje del asunto en su tercera aparición, la que se produce en [3] la sesión del 11 de enero de 1956, en el *Seminario 3, Las psicosis*.

Lacan adopta entonces una primera persona del plural que, burlonamente, adjudica a Kris:

«Cuando el sujeto alude al trabajo de uno de sus colegas al que nuevamente habría plagiado, nos permitimos leer ese trabajo y, percatándonos de que nada hay en ese colega que merezca ser considerado como una idea original que el sujeto plagiasse, se lo señalamos. Se considera que una intervención de esta índole forma parte del análisis. Por suerte, somos suficientemente honestos y ciegos como para considerar como prueba de lo bien fundado de nuestra interpretación el hecho de que el sujeto traiga la vez siguiente esta linda historietta: saliendo de la sesión, fue a un restaurante, y saboreó su plato preferido, sesos frescos.

«Estamos encantados, la cosa funcionó. ¿Pero qué quiere decir? Quiere decir que el sujeto no entendió nada del asunto y tampoco entendió lo que nos trae, de modo que no se ve muy bien cuál sería el progreso realizado. Kris apretó el botón adecuado. Apretar el botón adecuado no basta. El sujeto sencillamente hace un acting-out.

«Confirmo el *acting-out* como equivalente a un fenómeno alucinatorio de tipo delirante que se produce cuando uno simboliza prematuramente, cuando uno aborda algo en el orden de la realidad, y no en el seno del registro simbólico.» ([3] p. 116.)

Grave, ciertamente, si es que fuera así, el perjuicio causado al paciente.

Pero antes de concluir sobre ello debemos prestar atención a todo lo ahora omitido en la referencia al caso de Kris, dado que su ausencia hace

más plausible la calificación de *acting out* para la respuesta del paciente. Se trata, precisamente, del núcleo de la interpretación de Kris, que sólo había partido del contraste de la realidad de la ausencia de plagio en el libro del paciente, pues se había centrado en la identificación de éste con su padre en su debilidad y fracaso frente al poderoso e inalcanzable abuelo, de la que se derivaba la idea –tal era el núcleo de la interpretación de Kris– de que, para el paciente, *sólo las ideas de los otros son interesantes, son las únicas que merecen tomarse*.

Esta omisión, tal y como se produce aquí, supone un neto falseamiento del análisis de Kris que hace fácil el dictamen de *acting out*, pues, dada tal omisión y reducida la interpretación de éste a la constatación del hecho real de la inexistencia de plagio en el libro del paciente, esto es lo que pareciera deber deducirse: que fue el verse enfrentado bruscamente a la realidad por su analista –en ausencia de la interpretación en profundidad que sin embargo Kris había hecho–, lo que habría desencadenado el *acting out*.

¿Hubo tal *acting out*?

Ahora bien, ¿hubo tal *acting out*? ¿Fue con un *acting out* –la actuación de algo que no puede ser verbalizado– con lo que respondió el paciente a la interpretación de Kris?

Ciertamente, Lacan no cesará de insistir en ello en las seis ocasiones posteriores a esa primera en la que afirmaba que se trataba de todo lo contrario, es decir, de la respuesta que viene a confirmar una interpretación *válida* ([1] p. 99) y *justa* ([1] p. 100). Su posterior designación como *acting out* pasa, necesariamente, y Lacan insistirá en ello una y otra vez, por convertirla en *un acto totalmente incomprendido por el sujeto* ([2] p. 158), de modo que el sujeto *no entendió nada del asunto* ([3] p. 117).

Pero ello choca abiertamente con lo expuesto por Kris. Recordémoslo:

«En este punto de mi interpretación esperaba la reacción de mi paciente. El paciente se callaba y la longitud de ese silencio tenía un significado especial. Entonces, presa de una iluminación súbita, profiere estas palabras: «Todos los mediodías, cuando salgo de sesión, antes del almuerzo y antes de volver a mi oficina, me doy una vuelta por tal calle (una calle muy conocida por sus restauran-

tes, pequeños, pero donde se es bien atendido), y reviso los menús detrás de los vidrios en las entradas. Es en uno de esos restaurantes que habitualmente encuentro mi plato preferido: sesos frescos».

Esa *iluminación súbita*, con la que *profiere* sus palabras indica con claridad que de pronto descubre el sentido de una conducta sintomática que venía repitiendo sin conciencia de tal. Todo lo contrario, pues, a ese *no entender nada del asunto* del que habla Lacan.

Y ello se ve acompañado de una serie de distorsiones –injustificables para un psicoanalista por cuanto afectan a la comprensión misma del caso– en las que incurre Lacan a la hora de dar cuenta de la respuesta del paciente de Kris.

En la sesión del 1954-02-10 [1] Lacan parafraseaba a Kris así:

«la reacción inmediata del sujeto es la siguiente: guarda silencio, y en la sesión siguiente dice: *El otro día, al salir de aquí, me fui a la calle X* –esto sucede en Nueva York, y se trata de una calle donde hay restaurantes extranjeros y donde se pueden comer cosas un tanto condimentadas– y *busqué un lugar donde pudiese encontrar ese plato que me gusta particularmente, los sesos frescos.*» ([1] p. 100.)

Si hemos leído en el artículo de Kris que la respuesta se produjo en la misma sesión en la que se realizó la interpretación, tras el denso silencio que siguió a ésta, Lacan inventa una separación de lo uno y de lo otro en dos sesiones sucesivas.

Y, a continuación, convierte una conducta reiterada –*todos los mediodías, cuando salgo de la sesión*– en un acto singular –*el otro día, al salir de aquí*– que solo así puede ser situado en el intervalo inventado entre las dos sesiones sucesivas que en realidad fueron una sola. Vía necesaria para que esa conducta del paciente pueda ser presentada como posterior a –y efecto de– la interpretación de Kris.

Diríase que, aunque entonces todavía la interpretación de Kris era celebrada como correcta, se hubiera puesto ya en marcha en Lacan un mecanismo discursivo –probablemente no consciente– orientado a su conversión en una interpretación incorrecta y desencadenadora de un *acting out*.

Sin embargo, en la versión de esta misma sesión publicada en 1956 en *La psychanalyse* [2], la distorsión desaparece dado que Lacan cita literalmente las palabras de Kris.

Pero en la siguiente ocasión, la del [3] *seminario 3, Las psicosis*, la distorsión retorna y lo hace precisamente cuando Lacan usa la primera persona del plural para parodiar a Kris:

«somos suficientemente honestos y ciegos como para considerar como prueba de lo bien fundado de nuestra interpretación el hecho de que el sujeto traiga la vez siguiente esta linda historietta: saliendo de la sesión, fue a un restaurante, y saboreó su plato preferido, sesos frescos» ([3] p. 117.)

De nuevo convertida la conducta reiterada en un acto singular y situado éste en el intervalo entre dos sesiones que solo fueron una, queda linealmente conformada la cadena causal que convierte en *acting out* una reiterada conducta sintomática que, a efectos de la interpretación de Kris, había encontrado sentido para el paciente –todo lo contrario, en suma, a un *acting out*.

Es ciertamente interesante cómo el mecanismo discursivo del que hablamos retornará o se verá contenido en las sucesivas ocasiones.

Así, en [4] *La dirección de la cura y los principios de su poder*, seguramente porque Lacan se detuvo más en elaborar su intervención, dado que habría de ser presentada en el Coloquio Internacional de Royaumont celebrado en julio de 1958, tiende a ceñirse más a la descripción dada por Kris. Así

«[el enfermo] le replica que desde hace algún tiempo, al salir de la sesión, ronda por una calle que abunda en restaurancitos atractivos, para atisbar en los menús, el anuncio de su plato favorito: sesos frescos.» ([4] p. 231.)

Pero el mecanismo se dispara de nuevo en las dos oportunidades siguientes, ambas producidas en sesiones de su seminario.

Así en el [5], *El deseo y su interpretación*:

«(...) un ejemplo sobre el cual puse el acento en el discurso sobre la "Función y campo de la palabra y del lenguaje..." , a saber, la inter-

vención de Ernst Kris concerniente al temor fóbico que un paciente sentía ante el plagio. El analista le explica que él no es ningún plagio, tras lo cual el tipo se lanza afuera y demanda un plato de sesos frescos -para mayor alegría del analista, que en ello ve una reacción verdaderamente significativa a su intervención.

«Por nuestra parte, digamos que, bajo una forma atenuada, así reacciona la dimensión propia del sujeto cada vez que la intervención intenta colapsarla, comprimirla, en una pura y simple reducción a los datos que denominan objetivos -aunque sólo sean coherentes con los prejuicios del analista.» ([5] p. 532-533.)

Y en el [6] *Seminario 10, La angustia* (1962-1963):

«Recuerden lo que resulta que escribí en mi informe sobre *La dirección de la cura*, acerca de la observación de Ernst Kris a propósito del caso de plagio. Kris, como ha tomado una determinada vía que quizás deberemos nombrar, quiere reducir a su paciente con los medios de la verdad, le muestra de la forma más irrefutable que no es plagio -ha leído su libro, su libro es bello y claramente original. Por el contrario, son los otros quienes le han copiado. El sujeto no lo puede discutir. Pero le importa un rábano.

«Cuando sale, ¿qué hará? Como ustedes saben -creo que hay, de todas formas, algunas personas, una mayoría, que leen de vez en cuando lo que escribo-, se va a comer sesos frescos.» ([6] p. 137.)

Y obsérvese que en estos dos últimos casos, junto a la distorsión de los hechos se repite el borrado de la interpretación de Kris y su reducción a una mera invocación a la realidad.

Por contra, en la última ocasión, la correspondiente al [7] *Seminario 14, La lógica del fantasma* se produce un nuevo retorno a lo informado por Kris:

«Lo que sucede después de esta intervención, Kris mismo nos lo comunica. Después de un pequeño tiempo de silencio, el sujeto para que Kris acuse el golpe, anuncia este menudo hecho, cada vez que sale del consultorio va a sorber un buen platillo de sesos frescos.» ([7])

Vaivén entre la distorsión y el retorno de la letra -ya no de Kris sino de su paciente-, que indica la tensión entre ese mecanismo psíquico que empuja a deshacerse de ella y el retorno periódico de Lacan a la lectura del texto, como si siempre quedara para él algo pendiente allí.

Es notable, por lo demás, cómo entre diversos autores lacanianos se ha arrastrado la confusión relativa al caso -y al texto- de Kris, imponiéndose

la versión más distorsionada de Lacan –en ausencia, claro está, del debido contraste vía lectura del trabajo de Kris. Veamos un par de ejemplos.

Eric Laurent:

«En determinado momento, cuando su paciente se queja de que copia todo, Kris saca un libro de la biblioteca y le muestra, prueba en mano, que no copió nada. El paciente lo acepta y –episodio célebre– va a comer algo al salir de la sesión: sesos frescos. Kris está contento y señala que algo se movió, efectivamente así es, ¿pero qué?»⁹

O de Michel Sauval:

«En esta sesión del 23 de enero 1963, Lacan remite a su escrito "*La dirección de la cura*", y tras recordar que Kris, apuntando a "reducir a su paciente con los medios de la verdad, le muestra de la forma más irrefutable que no es plagario" y que "son los otros quienes le han copiado", destaca la respuesta del paciente: "se va a comer sesos frescos".»¹⁰

⁹ LAURENT, Eric: "Sobre la interpretación", en *Concepciones de la cura en psicoanálisis*, Manantial, Buenos Aires, 1984, p. 24.

¹⁰ SAUVAL, Michel: *El caso de los "sesos frescos"*, <https://www-sauval.com/angustia/s9sesosfrescos.htm>

En uno como en otro caso, la que en el reporte de Kris es una conducta sintomática reiterada y por tanto desarrollada con anterioridad a la interpretación e iluminada por ésta, pasa a convertirse en una singular, en un acto que –siguiendo la partitura lacaniana– se produce a continuación de la interpretación y manifiesta una incompreensión radical por parte del paciente.

El plagio que no existe

Sigamos ahora el hilo de la otra novedad aparecida en [2] la versión de 1956, adulterada, de [1] la sesión del 10/02/1954 del *Seminario 1*: la impugnación de la noción de plagio.

Se manifiesta así en [3] el *Seminario 3, Las Psicosis*:

«Para un analista, abordar el problema del plagiarismo en el registro del orden simbólico debe centrarse en primer término en la idea de que el plagiarismo no existe. No hay propiedad simbólica.» ([3] p. 100.)

El plagiarismo no existe, declara Lacan como un decreto cuya evidencia no requeriría mayor argumentación.

¿Y luego?

Luego, en [4] *La dirección de la cura y los principios de su poder* (julio de 1958), el tema del plagio desaparece como enunciado teórico universal, para, a la vez, reaparecer de la más concreta y sorprendente de las maneras.

Pues en este texto Lacan califica de *intervención errónea* (p. 231) la interpretación de Kris que resume de esta insólita manera:

«habiéndose asegurado [Kris] de que su paciente no es plagario cuando cree serlo, pretende demostrarle que quiere serlo para impedirse a sí mismo serlo de veras (...)»

¿De dónde saca Lacan esta abstrusa interpretación que atribuye a Kris? Imposible establecerlo, dado que, como el lector puede comprobar retornando a la larga cita que presentáramos más arriba, nada tiene que ver con las palabras de éste.

Y, a continuación, pasa a dirigirse directamente a Kris, como si se encontrara frente a él en el presente mismo de la enunciación, para decirle:

«Yerra usted el blanco en efecto, proseguiré yo, dirigiéndome a la memoria de Ernst Kris, tal como la he conservado del Congreso de Marienbad, del que me despedí después de mi comunicación sobre el estadio del espejo, preocupado como estaba de ir a husmear la actualidad, una actualidad cargada de promesas, en la Olimpiada de Berlín. Me objetó amablemente, en francés: "*Ça ne se fait pas!*", ganado ya por esa tendencia a lo respetable que es tal vez la que da aquí ese sesgo a su actitud.» ([4] p. 232.)

Élisabeth Roudinesco, en su biografía de Lacan, comentando este párrafo, ha señalado la obsesión de su maestro por el tema del plagio:

«Lacan aprovechaba esa crítica hecha a Kris para volver a tomar por su cuenta la idea del plagio que sabemos que no paraba de obsesionarlo desde el asunto del "estadio del espejo".

¹¹ ROUDINESCO, Élisabeth: (1993), *Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*, F.C.E., Colombia, 2000, p. 369.

«Siendo así que había tomado de Wallon el modelo de la experiencia, borró las huellas del préstamo y se presentó no como el iniciador de una experiencia del espejo, sino como el inventor de un concepto de estadio del espejo.»¹¹

Con independencia de lo que pueda querer decir eso de ser *iniciador de una experiencia del espejo* (¿?), Roudinesco –apasionada admiradora de un

autor al que con mucha frecuencia nombra como *Su Majestad* con un matiz irónico que no deja de desprender cierto sabor onírico y que, por eso, no es capaz de contener su apasionada admiración-, sin llegar al punto de llamar plagiarlo a Lacan, no deja de señalar la evidencia del plagio contenido en *la teoría del espejo de Jacques Lacan*¹².

Y tampoco deja de reseñar la evidente contradicción en la que incurría Lacan cuando impugnaba la noción misma de plagio a la vez que se quejaba de ser plagiado por casi todos:

«De año en año, sin citar a Wallon, recordaba a su auditorio que dicha invención databa del congreso de Marienbad donde el representante patentado de la IPA había osado cortar la palabra, hasta el punto de que había abandonado el lugar olvidando dejar su precioso texto a los responsables del congreso. Y resulta que ahora, al evocar el nombre de Kris, que había sido testigo de aquel asunto, se ponía a acusar a sus adversarios de despojarlo: "En Estados Unidos, donde Kris fue a parar, publicación equivale a título, y una enseñanza como la mía tendría que tomar sus garantías de prioridad cada semana contra el saqueo del que no dejaría de ser ocasión. En Francia, es bajo un modo de infiltración como mis ideas penetran en un grupo, donde se obedece a las órdenes que prohíben mi enseñanza."»

«Lacan creía pues a pies juntillas en el "robo de ideas" en el momento mismo en que, en el comentario de un caso, demostraba que este tipo de robo no existía, salvo en el cerebro enfermo de un neurótico víctima de una compulsión al plagio por deseo de robar "nada".»¹³

12 Ref.: GONZÁLEZ REQUE-NA, Jesús: (2014) "El Estadio del Espejo "de Jacques Lacan". Crónica de una mascarada (I)", en *Trama y Fondo, Lectura y Teoría del Texto* n° 37, Madrid, 2014.

13 ROUDINESCO, Élisabeth: (1993), *Lacan*, op. cit., p. 369.

Contradicción evidente, del todo palpable, que, más allá de la simple constatación, debiera exigir una mirada propiamente psicoanalítica.

El padre caído y el abuelo omnipotente

Pero Roudinesco no da ese paso, que conduciría necesariamente a considerar en qué medida el propio Lacan, en su más íntima subjetividad, se veía concernido en el caso del paciente de Kris. En qué medida, incluso, podía llegar a reconocerse en ese paciente mismo obsesionado por el plagio y voraz aficionado a comer sesos frescos. Pero al menos, eso sí, reconoce que la agresividad hacia Kris –todavía no explícita, pero que se volverá tal a la altura de 1958, en *La dirección de la cura y los principios de su poder–* podría estar relacionada con la presencia de éste en el acto inicial del plagio –Kris *había sido testigo de aquel asunto*.

Podría, sin embargo, haber llegado mucho más lejos, dado que disponía de información biográfica suficiente que permitía localizar el motivo central de la identificación de Lacan con el paciente de Kris –y de su compulsión a rechazar la interpretación de éste.

Me refiero al muy breve pero expresivo retrato que Roudinesco ofrece del padre de Lacan –Alfred– y de su relación con su abuelo paterno –Émile:

«Bigotudo y regordete [Alfred, el padre], tenía los rasgos triviales de un pequeño comerciante de la *Belle Époque*, aplastado por la omnipotencia paterna.»¹⁴

«Jacques (...) no paraba también él de pelearse con su abuelo al que despreciaba y del que hará públicamente un retrato de una violencia inaudita, un año después de la muerte de su padre: "De lo que se trata en 'Mi abuelo es mi abuelo' quiere decir esto: que aquel execrable pequeño burgués que era dicho tipo, ese horrible personaje gracias al cual llegué prematuramente a esa función fundamental que es la de maldecir a Dios (...).»¹⁵

¹⁴ ROUDINESCO, Élisabeth: (1993), *Lacan*, op. cit., p. 25.

¹⁵ ROUDINESCO, Élisabeth: (1993), *Lacan*, op. cit., pp. 26-27.

El esquema de la relación entre un abuelo poderoso y un padre débil y sometido que estas citas devuelven es ciertamente, por más que Roudinesco no lo anote, el mismo que el que Kris describe a propósito de su paciente.

De modo que Lacan se reconoce en él –con independencia de que eso suceda consciente o inconscientemente–, plagario como él, tanto como humillado como él en su identificación con un padre sometido a un abuelo demasiado poderoso.

Es un hecho que se reconoce ahí, pero lo es igualmente que no puede soportar tal reconocimiento. Así, se ve impulsado a negar todo lo dicho en un primer momento y a proclamar compulsivamente que el paciente de Kris –él mismo, después de todo– no ha podido comprender nada.

El *acting out* de Lacan

Nada confirma mejor la interpretación que proponemos que lo desmesurado del salto final que conduce a la negación misma del concepto de plagio.

Pero, aun así, para que tales mecanismos psíquicos funcionen no parece necesario dar un paso tan desmesurado como el de la impugnación del concepto mismo de plagio.

Hay algo loco en esta flagrante incoherencia que no puede dejar de llamarnos la atención tal y como emerge, precisamente, en un seminario, [3] el 3, dedicado a *Las psicosis* –¿y acaso el 3 no es, por otra parte, la cifra del padre?

Pues Lacan no se contenta con negar que él sea un plagiario –negación por la que retornaría lo reprimido de la compulsión plagiaria–, sino que forcluye la posibilidad misma de serlo. Lo que, por cierto, nos conduce a recordar que el primer comentario sobre el caso de Kris, el que aparecía en [1] el *Seminario 1*, se había producido precisamente a continuación de un comentario dedicado al asunto de la *verwerfung* –forclusión–, precisamente ese mecanismo que, en el *Seminario 3*, será presentado como el núcleo mismo del proceso psicótico.

De hecho, la alucinación del hombre de los lobos –entendida como forclusión de la castración– y el caso del paciente de Kris son los dos ejemplos con los que Lacan cierra la [1] sesión del 10-02-1954 centrada sobre el artículo de Freud *La negación* (1925), a propósito del cual Hyppolite, a pedido de Lacan, había presentado su comentario.

Volvamos entonces a [4] *La dirección de la cura y los principios de su poder*, a ese momento en el que, en público, en un Coloquio Internacional de psicoanalistas, Lacan se dirige a Kris como si realmente se encontrara allí presente, entre los asistentes a la sesión. Pues, de haber en todo esto un *acting out*, sería precisamente éste, dada la inmediatez con la que irrumpe –contra todo lo esperable en un discurso teórico– la escena del Congreso de Marienbad, lugar donde se consumó el plagio de Wallon del que había nacido el *Estadio del espejo de Jacques Lacan*¹².

El plagio, en suma, real.

Sabemos que en aquel congreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional, Lacan se sintió dos veces desautorizado por dos que entonces eran figuras de autoridad del congreso.

12 Ref.: GONZÁLEZ REQUE-NA, Jesús: (2014) "El Estadio del Espejo "de Jacques Lacan". Crónica de una mascarada (I)", en *Trama y Fondo, Lectura y Teoría del Texto* n.º 37, Madrid, 2014.

Primero el presidente, Ernest Jones, quien le retiró la palabra cuando ya había concluido su tiempo de exposición. Luego Ernst Kris, tal y como se manifiesta en la cita que venimos de presentar.

En el primer caso, la imposible relación de Lacan con la autoridad –con la Ley– se había manifestado en la manera narcisista en la que se consideraba, por ser él quien era, no preocupado por los marcos temporales a los que debían someterse el resto de los participantes del congreso.

Y fue esta primera ofensa –¿o más bien choque con la realidad del marco horario?– la que desencadenó –*acting out* de nuevo?– la decisión de Lacan de abandonar el congreso antes de su término para *husmear la actualidad (...) cargada de promesas, en la Olimpiada de Berlín*.

Eso no se hace, le había dicho –segunda desautorización– Kris.

Es posible que hoy en día, cuando es costumbre de la mayor parte de los profesores universitarios acudir a los congresos tan solo para presentar su comunicación y largarse lo antes posible, tan breves palabras puedan ser consideradas una forma de sumisión a la respetabilidad pequeñoburguesa. Pero para quien no dé por normalizadas tan modernas conductas, le es fácil comprender que *eso no se hace*: que lo propio de un psicoanalista miembro de la IPA es escuchar las comunicaciones de sus colegas en los congresos de la IPA.

Salvo, claro está, que sea tan intensa su identificación con la figura imaginaria del abuelo omnipotente que se viva a sí mismo como ser excepcional, para el que no resulta vigente norma alguna.

Y no es menos notable que, a la altura de 1958 –trece años después del final de esa catástrofe mayor que fuera la II Guerra Mundial–, Lacan hable con tal desenfado de su interés en asistir a las Olimpiadas que en 1936 organizó la Alemania nacionalsocialista para mayor gloria de Hitler.

¿Cómo no reparar en la acentuada falta de empatía que se manifiesta en el hecho de expresarse así hacia un psicoanalista a la vez judío y vienés que a fechas del artículo de Lacan se había visto obligado a convertirse en emigrante instalado en Nueva York? –claro está que Lacan no perci-

be Nueva York como el lugar de una emigración obligada, sino como el centro de poder del movimiento psicoanalítico internacional que quiere conquistar.

Por lo demás, no es posible no constatar la irrupción de una nueva figura en escena: Adolf Hitler, protagonista mayor de aquellas olimpiadas.

¿No venía a ocupar el lugar del abuelo omnipotente –tanto el abuelo de El hombre de los sesos frescos como Émile, el abuelo del propio Lacan– frente a esas dos figuras paternas de segundo orden que eran para él Jones y Kris?

Diríase que los recuerdos suscitados por la relectura del texto de Kris llevaran a Lacan, en [4] *La dirección de la cura y los principios de su poder*, a reintroducir algunos fragmentos del contenido real de la interpretación de Kris –así la existencia del abuelo del hombre de los sesos crudos y la metáfora fálica de los peces pescados, más o menos grandes–, pero solo al final, de manera desplazada y en todo caso fuera del encadenamiento causa-efecto en el que la afirmación de la realidad de la ausencia de plagio habría provocado el *acting out* del paciente.

Esto que ahí aparece desplazado, y así desconectado del hilo mayor en el que se inscribe la respuesta del paciente, desaparecerá ya definitivamente en los siguientes comentarios. Momento a partir del cual, por ello mismo, la *psicología del yo* queda convertida en una estereotipia a la que se ha vaciado de todo contenido propiamente psicoanalítico: no más que una técnica de adaptación del individuo a la realidad. Imagen de guiñol de un enemigo fácilmente vapuleable. Siempre que se presuponga, como todo parece indicar que fue el caso, que los que se adherían a ese cómodo estereotipo –que por otra parte explotaba cierto irredento chovinismo francés contra los norteamericanos, aunque estos fueran realmente centroeuropeos emigrados–, no consultarían nunca las fuentes originales. Así, sin ir más lejos, el artículo de Kris.

Con lo que quedaba del todo repudiada, propiamente borrada, esa constelación paterna del hombre de los sesos frescos que era también la de Lacan. *Werwerfung*, habría dicho él mismo.

Sesos

Pero la resonancia subjetiva en Lacan del caso del hombre de los sesos frescos no solo se manifiesta por la vía directa de los comentarios explícitos a él dedicados. Existen otras manifestaciones no menos relevantes de esa resonancia que pasaremos a contemplar a continuación.

La primera de ellas es el uso frecuente de la palabra *sesos* (*cervelles*), que, además de su presencia en los casos hasta aquí señalados, aparece en once ocasiones más y todas ellas referidas a la actividad intelectual, es decir, a la teoría y al trabajo del pensamiento. Enumerémoslas:

[8] *Seminario 4, La relación de objeto*, sesión de 1957-05-22
Texto establecido por Jacques-Alain Miller, traducción de Enric Berenguer, Paidós, Buenos Aires, Paidós, 1994.

[9] *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*, 1958.

Publicado en *La psychanalyse*, n° 4, 1958, en *Escritos*, Vol. 2, Siglo XXI, México, 1975, traducción de Tomás Segovia.

[10] [11] *Seminario 8, La transferencia*, sesiones de 1960-11-23 y de 1960-12-21.

Edición establecida por Jacques-Alain Miller, traducción de Enric Berenguer, edición autorizada. Paidós, Buenos Aires, 2003.

[12] *Seminario 14, La lógica del fantasma*, sesión de 1966-12-07.

versión de la Escuela Freudiana de la Argentina, Traducción de Pablo G. Kaina, Psikolibro.

[13] *Conférence sur la psychanalyse et la formation du psychiatre à Ste Anne*, 1967-11-10.

transcripción publicada en Pas-tout-Lacan, <http://ecole-lacanienne.net/bibliolacan/pas-tout-lacan/>

[14] *Seminario 17, El reverso del psicoanálisis*, sesión de 1970-06-10.

Texto establecido por Jacques-Alain Miller, traducción de Enric Berenguer y Miquel Bassols, Paidós, 1992.

[15] *Seminario 19 ...Ou pire. El saber del psicoanalista*, sesión de 1972-05-17.

Texto establecido por Jacques-Alain Miller, traducción de Gerardo Arenas, revisión de Graciela Brodsky con el acuerdo de Jacques-Alain Miller, Paidós, Buenos Aires, 2012.

[16] *Seminario 20, Aún*, sesión de 1973-01-16.

Traducción de Diana Rabinovich, Delmont-Mauri y Julieta Sucre, revisión de Diana Rabinovich con el acuerdo de Jacques-alain Miller, Paidós, Buenos Aires, 1975.

[17] *Seminario 21, Los incautos no yerran (Los nombres del padre)*, sesión de 1973-11-20.

Versión completa de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, traducción de Irene M. Agoff de Ramos, revisada por Evaristo Ramos, Psikolibro.

[18] *Clausura de las jornadas de la École freudienne de Paris*, 1977-09-25.

En *Lettres de l'École*, 1978, n° 22, traducción de Graciela Leguizamón, María del Carmen Melegatti y Rafael Perez, revisión: Raquel Capurro, <http://www.ecole-lacanienne.net/fr/p/bibliotheque/m/livres//textes-divers-de-jacques-lacan-versions-bilingues-versions-bilingues-60>.

Lo más notable del asunto es que no hemos podido detectar ninguna ocurrencia de esa palabra –sesos– en los textos de Lacan anteriores a [1] la sesión del *Seminario 1* en la que se ocupa por primera vez del caso de Kris. Lo que permite deducir que es su presencia en este caso lo que la incorpora a su vocabulario y la empuja a reaparecer como una presencia sintomática más de la afectación subjetiva que nos ocupa.

Algunas de sus recurrencias resultan, a este propósito, especialmente relevantes.

Así la del [8] Seminario 4, La relación de objeto:

«El padre [de Juanito], por su parte, se devana los sesos para saber por qué rodeo y mediante que contragolpe el niño manifiesta un miedo que no sería más que el reverso del deseo.» ([8] p. 346.)

Es conocida la debilidad del padre de Juanito, su poca prestancia simbólica en el mundo del niño. Lo que hace su figura asociable tanto a la línea

del padre del hombre de los sesos frescos como a la del padre del propio Lacan.

En [9] *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis* (1958-01), un comentario jocoso sobre la filosofía permite aflorar el componente voraz, propiamente oral, que, como ya anotó Melitta Schimberg y recordó Kris, era tema central en el hombre de los sesos frescos. Y, a lo que parece, también en Lacan:

«(...) si nuestra ciencia, que concierne a la *physis*, en su matematización cada vez más pura, no conserva de esa *cocina* [la larga *cocición metafísica* de la ciencia en la Escuela] sino un relente tan discreto que podemos legítimamente preguntarnos si no habrá habido sustitución de persona, no sucede lo mismo en lo que concierne a la *antiphysis* (o sea al aparato vivo que se supone apto para tomar la medida de dicha *physis*), cuyo *olor a refrito* delata sin duda alguna la *práctica secular en dicha cocina de la preparación de sesos.*» ([9] p. 217.)

A continuación, los sesos pasan a convertirse en territorio de determinados tipos de operaciones. Así, en [10] y [11] *Seminario 8, La transferencia*, como espacio de *grabación*:

«(...) tendríamos una especie de grabación de este hecho [el diálogo de *El Banquete*] según Platón. Como no había magnetófono, diremos que es una grabación sobre sesos.» ([10] p. 36.)

Y si tal grabación era posible en el simposio socrático, ¿por qué no habría de serlo en el seminario del propio Lacan? Así, en [12] *Seminario 14, La lógica del fantasma* son los sesos de sus discípulos el territorio de esa operación, que se apunta voraz.

«A propósito del discurso tan riguroso que trato de hacer hoy, eso puede aún *en vuestros sesos engendrar* esa suerte de confusiones legadas a la producción del significado en la metáfora.» [12]

Así pues, esta vez los *sesos frescos* son los de los propios alumnos de Lacan, que comparecen, entonces, si no devorables, al menos como ocupables: [13] *Conférence sur la psychanalyse et la formation du psychiatre à Ste Anne, 1967-11-10*:

«(...) No es posible imaginar hasta qué punto en mi enseñanza soy didáctico, quiero decir con ello que parto de la idea de que... de que es en todo caso muy cierto que no se comprende nada de lo

que digo. Mi única oportunidad es la de repetir durante mucho tiempo *para que eso termine por amueblar alguna parte de los sesos*. Por supuesto, no hay que extrañarse si durante un cierto tiempo no puede hacer nada mejor que repetirme, vagamente. Para algunos además eso tiene otro uso: pueden siempre desarrollar –precisamente porque lo que yo formulo es tan incomprensible– alrededor de lo que enseñe un cierto esnobismo. Así, cuando se es distinguido, se enseña Lacan, en el Instituto de Psicoanálisis de París por ejemplo, eso da distinción; solo que eso no quiere decir que se comprenda lo que digo. Además como estoy diciéndoos, no está hecho para eso, está hecho para servirse de ello y, con el tiempo, terminará por suceder lo que sucede siempre cuando las fórmulas funcionan: que eso termina sirviendo, así de tontamente. Entonces se percibe que eso esclarece algunas perspectivas, sin que sea necesario haber sentido primero el choque intuitivo con la verdad.»¹⁶ ([13] p. 1139).

16 La traducción es nuestra. JGR.

Si hemos visto hace bien poco a Lacan ensoñarse un Sócrates dotado de su propio simposio, es un hecho que el modo de su enseñanza nada tiene que ver con el presupuesto primero de la de aquel: el de una racionalidad discursiva destinada a esclarecer a aquellos que participan en el diálogo. El modelo de enseñanza que Lacan declara es en extremo opuesto: el de la –sumisa– repetición de lo que no se entiende, con solo la esperanza de que alguna vez, en no se sabe qué incierto futuro, podrá llegar a servir para algo. Pero entonces no son fórmulas –en el sentido lógico-matemático del término, pues estas exigen de las más claras y precisas definiciones de sus términos y articulaciones– sino más bien jaculatorias.

Es ciertamente sorprendente que el proyecto científico de Freud haya podido experimentar tal deriva religiosa solo treinta años más tarde de la muerte de su autor. Pues es necesaria la fe para que los alumnos repitan una y otra vez enunciados que no entienden y que, por tanto, no pueden encadenar racionalmente a otros enunciados, sino tan solo yuxtaponerlos en una serie solo ligada por la imitación de la retórica del maestro. Y sobre todo, si la adhesión a esa enseñanza no procede de su poder interno –lógico-racional–, es decir, del esclarecimiento que ofrece, solo puede proceder de la postulación del maestro como un ser excepcional, dotado de un saber él mismo tan excepcional como incomprensible.

Que el profesor que es capaz de sustentar en 1967, en París, en el Círculo de Estudios Psiquiátricos, tal posición y discurso fuera escuchado con reverencia por sus oyentes y que estuviera en trance de convertirse

en una referencia intelectual del mayor prestigio en el ámbito de las ciencias humanas, es sin duda una cuestión de sociología de la cultura de primer orden en la que ahora no podemos detenernos. Bástenos, aquí, con constatar hasta qué punto Lacan había conseguido su voraz deseo de conquista de los *sesos* de los otros.

En todo caso, por lo que se refiere a la concreta resonancia del caso del hombre de los sesos frescos, encontramos la más precisa confirmación, vía sobredeterminación, en [15] el *Seminario 19 ...Ou pire. El saber del psicoanalista*:

«Estoy seguro de que eso excitará los sesos ontológicos.
«Esto es también cierto en la pesca, y al fin y al cabo en todo aquello por lo cual el hombre es mujer. Piensen en el modo en que el *pesca-dor* pasa su mano bajo el vientre de la trucha que está al pie de su peñasco.
«Debe haber aquí un pescador de truchas por lo menos, hay posibilidades.» ([15] p. 184)

Pues se encuentran aquí directamente conectados dos temas relevantes del caso del hombre de los sesos frescos: junto a los *sesos* mismos, la *pesca*, bien cargada de resonancia sexual. Recordemos, a este propósito, lo escrito por Kris:

«(...) un momento preciso de su niñez cuando, teniendo 4 ó 5 años, comenzó a acompañar a su padre a pescar. «Quién consigue el pez más grande» y todo un juego de comparaciones de ese orden le vino a la mente, su inclinación a tomar, morder, robar, habían tomado toda suerte de giros y disfraces durante la fase de la lactancia y la adolescencia (...).»

Comer el libro

Veamos ahora la segunda, todavía más notable, resonancia subjetiva –y, en rigor, no teórica, por más que se manifieste en el contexto de un discurso teórico– del caso del hombre de los sesos frescos en Lacan. Se encuentra en

[19] [20] *Seminario 7, La Ética del psicoanálisis*, sesiones del 1960-06-22 y del 1960-07-06.

Texto establecido por Jacques-Alain Miller, traducción de Diana S. Rabinovich, responsables de la edición J.-A. M. y D. S. R., Paidós, Buenos Aires, 2007.

La [19] sesión de 1960-06-22 comienza así:

«El informe que presenté en Royaumont hace dos años acerca de *La dirección de la cura*, [4] debe aparecer en el próximo número de nuestra revista. Es un texto un poco apurado, pues lo compuse entre dos seminarios. Conservaré su forma improvisada, ensayando a la vez completar y rectificar algunas de las cosas que están contenidas en él.» ([19] p. 347)

Como puede verse, Lacan arranca la sesión anunciando su retorno a uno de los textos en los que más detenidamente se había ocupado del artículo de Kris y del caso del hombre de los sesos frescos. Pero esta vez ni uno ni otro serán citados, ni en esa sesión ni en las posteriores de ese seminario. Y, sin embargo, ambos se hallan presentes –implícita pero indiscutiblemente, como comprobaremos en seguida– no solo en esta sesión sino también en la que cerrará el seminario de ese año.

¿Podría ser de otra manera en uno dedicado a la cuestión de la ética –y es más, se dice insistentemente, de la *ética del psicoanálisis*?

Veamos cómo ello emerge. Lacan comienza aludiendo a la imposibilidad del psicoanalista de satisfacer la demanda de felicidad del paciente e introduce la cuestión de la *sublimación*, a la que presenta como la única *posibilidad de una feliz satisfacción de la tendencia* (p. 349). A continuación, como ejemplo de la misma, ofrece uno del que dice *que se le ha pasado por la cabeza* –asociación libre– en el momento en que preparaba el comentario sobre *La dirección de la cura*:

«Tomaré un ejemplo que se me pasó por la cabeza en el momento en que preparaba para ustedes estos comentarios, a fin de ilustrar lo que quiero decir en lo concerniente a la sublimación. (...) Tomemos el verbo más radical en la evolución de las fases de la tendencia, el verbo *comer*. *Hay de comer*. (...).
«Hay de comer –¿qué? El libro.» ([19] P. 350.)

Se trata de una referencia al *Apocalipsis* de San Juan (15) donde ciertamente se encuentra esa imagen, *comer el libro*:

«Y la voz del cielo que yo había oído me habló otra vez y me dijo: «Vete, toma el librito que está abierto en la mano del Ángel, el que está de pie sobre el mar y sobre la tierra.»
«Fui donde el Ángel y le dije que me diera el librito. Y me dice: "Toma, devóralo; te amargará las entrañas, pero en tu boca será dulce como la miel."»

¹⁷ *Apocalipsis*, en La Santa Biblia (versión *Biblia de Jerusalén*, 1976. <https://directoriocatolico.blogspot.com/2012/09/libros-online-pdf-biblia-de-jerusalen.html>).

«Tomé el librito de la mano del Ángel y lo devoré; y fue mi boca dulce como la miel; pero, cuando lo comí, se me amargaron las entrañas.»¹⁷

Ahora bien, Lacan no explica por qué la imagen *devorar el libro*, constituye un ejemplo de sublimación. Para él –y, sorprendentemente también para los asistentes a su seminario– basta con que se le haya *pasado por la cabeza*. Como tantas veces, el enunciado lacaniano emerge como un dictado sin argumentación, al que se ha de suponer valioso en sí mismo, tan solo por la fuente –el propio Lacan– de la que procede.

De modo que no ofrece otra explicación de ello que ésta:

«esa imagen potente, ¿qué quiere decir? –si no que el libro adquiere en sí mismo el valor de una incorporación y la incorporación del significante mismo, el soporte de la creación propiamente apocalíptica. En esta ocasión el significante deviene Dios, el objeto de la incorporación misma.» ([19] p. 350.)

Ninguna explicación, en suma, pues si es un *libro devorado*, es obvio que ha habido *incorporación*, dado que tal es el efecto de la *devoración*. ¿Que se devora el *significante*? Igualmente, no podría ser de otra manera, dado que, por tratarse de un libro, no podría no estar constituido por un número considerable de significantes. La única novedad añadida al enunciado de partida –*comer el libro*–, es la presencia de *Dios* como *objeto de la incorporación*. El tono del discurso del presidente Schreber parece resonar aquí. Pero resuena también, sobre todo, muy por encima de *El Apocalipsis* de San Juan, la interpretación que Kris hiciera del caso del hombre de los sesos frescos. Recordemos el fragmento oportuno del texto de Kris:

«La proyección de sus ideas sobre las imágenes paternas provenían de su deseo de tener un padre a la altura de las circunstancias (un «abuelo», abuelo=«*grand-pere*»=gran padre). El conflicto edípico con su padre surgió en el transcurso de un sueño, bajo la forma de una batalla donde los libros eran armas, y donde los *libros* derrotados eran *tragados* durante el combate. La interpretación consistió en que se trataba de un deseo de incorporar el pene paterno.»

Estamos tentados, a estas alturas, de introducir una corrección puntual en la interpretación de Kris, pues todo parece indicar que los *libros tragados* –*incorporados, devorados*–, no pueden ser los del padre, sino los de aquellos considerados a la altura del Abuelo –en el caso de Lacan, Wallon,

primero, luego, en los tiempos del seminario de *La Ética*, Nietzsche, más tarde Bataille...

Dos sesiones más tarde, en [20] la que viene a cerrar el seminario sobre la ética (1960-07-06), el tema retorna con mayor insistencia –tres veces–, y de nuevo declarado como emergente por la vía de la libre asociación:

«Les expliqué la última vez en la metonimia del *comer el libro* que tomé sin duda por inspiración, pero que al examinarla más de cerca verán que es la metonimia más extrema, lo cual no nos asombra por parte de san Juan, aquel que colocó el Verbo al comienzo. De todos modos es una idea de escritor –era uno como hay pocos–, pero, en fin, comer el libro confronta lo que Freud imprudentemente nos dijo no es susceptible de sustitución y de desplazamiento, a saber, el hambre, con algo que más bien no está hecho para que se lo coma, es decir, un libro. Comer el libro, justo ahí palpamos qué quiere decir Freud cuando habla de la sublimación como de un cambio, no de objeto, sino de meta. Esto no se ve de inmediato.

«El hambre de la que se trata, el hambre sublimada, cae en el intervalo entre ambos, porque no es el libro lo que nos llena el estómago. Cuando comí el libro, no devine sin embargo el libro, como tampoco devino carne el libro. El libro me deviene si me permiten decirlo. Pero para que esta operación pueda producirse –y ella se produce todos los días–, hace falta que yo pague algo. La diferencia, Freud la pesa en un rincón de *El malestar en la cultura*. Sublimen todo lo que quieran, hay que pagarlo con algo. Ese algo se llama el goce. Esa operación mística la pago con una libra de carne.» ([20] p. 382-383)

Dejando a un lado los habituales vaivenes retóricos de Lacan, el texto resulta lo suficientemente claro: el plagio –que, por lo demás, no existe– es declarado vía de sublimación y forma de goce. Un goce, para Lacan, todo parece indicarlo, irrefrenable, constitutivo.

Tres páginas más adelante, haciendo referencia el peligro de la guerra atómica y a los *remordimientos del Sr. Oppenheimer*, el asunto retorna:

«La organización universal tiene que enfrentar el problema de saber qué hará con esa ciencia en la que se despliega manifiestamente algo cuya naturaleza le escapa. La ciencia, que ocupa el lugar del deseo, sólo puede ser una ciencia del deseo bajo la forma de un formidable punto de interrogación, y esto sin duda no deja de tener un motivo estructural. En otros términos, la ciencia es animada por algún misterioso deseo, pero ella, al igual que el inconsciente, tampoco sabe qué quiere decir ese deseo. El porvenir nos lo revelará y quizá del lado de aquellos que, por la gracia de Dios, comieron más recientemente el libro, quiero decir aquellos que no

vacilaron en escribir con sus esfuerzos, incluso con su sangre, el libro de la ciencia occidental –no por ello deja de ser un libro comestible.» ([20] p. 386)

La *revelación* que aquí es anunciada se verá realizada –como tal revelación, claro está– catorce años más tarde, en la *Apertura del 7º Congreso de la Escuela Freudiana de París* por el propio Lacan:

«[Los científicos] comienzan a tener una pequeña idea de que podrían crearse bacterias terriblemente resistentes a todo, y que a partir de ese momento ya no se las podría detener y que tal vez limpiarán de la superficie de la tierra todas esas porquerías, en particular las humanas, que la habitan [...] Sería un alivio sublime si de golpe estuviéramos frente a un verdadero flagelo, un flagelo salido de las manos de los biólogos, sería verdaderamente un triunfo, querría decir realmente que la humanidad habría llegado a algo, a su propia destrucción, por ejemplo, ese es verdaderamente el signo de la superioridad de un ser sobre todos los demás, no solamente su propia destrucción, ¡sino la destrucción de todo el mundo viviente! Sería verdaderamente el signo de que el hombre es capaz de algo. Pero con todo nos da un poco de angustia. Todavía no hemos llegado a ello.»¹⁸

18 LACAN, Jacques (31/10/1974): *Conferencia de Roma, 7º Congreso de la Escuela Freudiana de París*. Apertura del congreso. En: *Actas de la Escuela Freudiana de París, VII Congreso Roma 1974*, Ed. Petrel, Barcelona 1980, p. 19.

El delirio del fin del mundo, en suma. Tal es lo que consecuentemente sigue a la invocación del *Apocalipsis* en el *Seminario 7*. Con la variante –resulta obligado anotar–, de que éste llega como un acto de destrucción soberano. ¿No late aquí, de nuevo, la fantasía de identificación con el Abuelo omnipotente? Omnipotente, sobre todo, en su poder de destrucción.

Sobre ello versa el último párrafo del seminario dedicado a la *Ética del psicoanálisis*:

«Acerca de aquel que comió el libro y el misterio que sostiene, se puede en efecto hacer la pregunta –¿es bueno, es malvado? Esta pregunta aparece ahora sin importancia. Lo importante no es saber si en el origen el hombre es bueno o malo, lo importante es saber qué dará el libro cuando haya sido totalmente comido.» ([20] p. 386)

El *libro comido*, tal es la expresión que cierra el seminario dedicado a *La ética del psicoanálisis*.

¿Tiene sentido hablar de una ética del psicoanálisis? En otro lugar¹⁹ hemos tratado de mostrar hasta qué punto este es un enunciado insostenible desde el punto de vista de Freud, por

19 Hemos argumentado la incompatibilidad de una "ética del psicoanálisis" con el pensamiento freudiano en GONZÁLEZ REQUENA, Jesús: "9. Ética: Freud vs Lacan", en *Casablanca. El Edipo canónico I*, www.gonzalezrequena.com, 2018.

más que Lacan insista en atribuir a éste su peculiar ética –esa ética que tantos, en su ingenuidad adolescente, han celebrado como liberadora:

«Propongo que de la única cosa de la que se puede ser culpable, al menos en la perspectiva analítica, es de haber cedido en su deseo.» ([20] p. 379.)

En suma: no se es culpable por plagiar –por devorar los libros de los otros. De acuerdo con la ética lacaniana es todo lo contrario: solo podría ser culpable de haber renunciado al deseo de plagiar. De no haber alcanzado la omnipotencia por no haber devorado los libros de los otros.

¿Acaso no es un delirio de omnipotencia de esa índole el que se deja traslucir en 1964 en el primer párrafo de la *Fundación de la Escuela Freudiana de París por Jacques Lacan*?

«Fundo –tan solo como siempre lo estuve en mi relación con la causa psicoanalítica- la Escuela Francesa de Psicoanálisis, cuya dirección asumo personalmente durante los cuatro próximos años, pues nada hoy me lo impide.»²⁰

Pues huelga decir que Lacan no fundó él solo la Escuela Francesa de Psicoanálisis. De modo que si se toma al pie de la letra el enunciado, resulta evidente que todos aquellos que la fundaron con él no eran, para él, nadie. De lo que podría deducirse que sus sesos habían sido ya del todo devorados.

²⁰ LACAN, Jacques: (1964-06-21) *Fundación de la Escuela Freudiana de París por Jacques Lacan*, en Jacques-Alain MILLER (1953-1976): *Escisión, excomunión, disolución. Tres momentos en la vida de Jacques Lacan*, traducción de Cristina Navarro, Carlos A. de Santos y Juan Delmont-Mauri, Manantial, Buenos Aires, 1987, p. 221.

La siguiente pregunta es: ¿cómo es posible que todos ellos aceptaran tan degradante trato?

Y todavía: ¿cómo es posible que este les gustara?

Sabemos, ciertamente, que el psicoanálisis explica bien tales tipos de conducta. Lo realmente sorprendente es que, por lo que se refiere al fenómeno Lacan, no haya sido todavía empleado en ese sentido. Entiéndase este trabajo como una contribución en esa dirección.